

Y añadió, inclinándose de pronto para recoger una cosa:

—¿Qué es esto?

Los otros tres se acercaron.

Pontalés tenía en la mano un pedazo del vestido de Elena, que se había quedado enganchado entre las espinas de las ramas.

Todos reconocieron la tela.

Hubo un silencio aterrador.

—Me había equivocado, dijo al fin Pontalés con voz baja y breve, y vos teníais razon, Mr. de Blois.... Tienen demasiadas picardías, y es preciso que mueran, no importa cómo ni dónde.... que mueran, y esta misma noche.

—Apostaría diez contra uno, dijo Roberto, á que están en casa de Mr. Le-Hivain.

—Adelante, exclamó Blas: sin salir de los términos respetables de la legalidad, vamos á hacerlas entablar relaciones muy íntimas con ese buen Bibandier.



## XXVII.

### DIABLILLOS.

Roberto y Pontalés se dirigian hácia el río no por el estrecho sendero abierto á pico donde acababan de internarse las jóvenes, sino por el camino que costeaba las fortificaciones.

Durante este tiempo Mr. Le-Hivain volvía á toda prisa al castillo para tomar la llave de la barca, y Blas volvía también á la pradera para buscar á Bibandier.

Bibandier iba algunas veces á pasearse solitariamente por los campos ó por los senderos del bosque nuevo, cuando las noches eran oscuras, pero no con el mismo entusiasmo que en otra época.

Habia dejado en las malezas de Bains su ejército de palos cubiertos de harapos; su perro había muerto de hambre hacía mucho tiempo, y si él mismo seguía su oficio de paseante nocturno, era por vocación irresistible, puesto que nunca había premiado sus esfuerzos la casualidad.

¿Qué hacer en un país donde los bolsillos no contienen más que pesados cuartos, y donde los garrotes son por demás nudosos?

Bibandier había debido esperar un momento un cambio de fortuna al ver á sus dos camaradas íntimos y antiguos ocupar una buena posición en el país; pero Roberto y Blas le habían tenido sistemáticamente á alguna distancia, y el pobre diablo no había podido reclamar mucho ni muy en alta voz, porque el presidio de Brest es un redil incessantemente abierto, donde las ovejas descarriadas como él entran á la primera palabra.

Se callaba.

Sin embargo, era un bribon bastante listo, y el rencor que conservaba á sus antiguos compañeros no parecía escesivo.

Además, le habían hecho entrever en lontananza un porvenir mucho mejor.

A pesar de no conocer detalladamente cuanto pasaba en Penhoel, podía ver, como todo el mundo, que había empeñada una lucha. Se le podía necesitar, y entonces sería preciso darle su parte de botín.

Entre tanto Blas le solía dar alguna moneda de plata con el objeto de impedir que se impacientara demasiado, y Mr. de Blois le había hecho obtener con su crédito una pequeña posición oficial.

Bibandier era enterrador de la parroquia de Glenac con el sueldo anual, además de los gajes, de doce francos.

Pero á pesar de las tercianas de los pantanos y de los médicos que poco tiempo antes se habían establecido en la aldea, no se ensañaba mucho la muerte con la aldea de Glenac. El pobre Bibandier estaba flaco hasta inspirar compasión.

Blas lo encontró, como ya había anunciado, junto al tonel de sidra que se había puesto en uno de los extremos de la pradera: Bibandier estaba echado perezosamente sobre el suelo; su cabeza reposaba sobre una de las manos, y la otra sostenía un cubilete lleno de líquido hasta la mitad. Su rostro largo, y cuyas tintas se inclinaban algo al blanco, iba coloreándose poco á poco; sus miradas vagaban por el vacío: había en su fisonomía un reposo completo y perfecto.

Permanecía allí desde por la mañana bebiendo solo y viendo la vida color de rosa.

Era un día de fiesta.

No bebía de esta manera sino una vez al año.

A la primera palabra que Blas le deslizó al oído dejó su puesto, elevándose de un salto sobre sus pies. Hubiérase podido verle entonces en toda la

elevacion de su estatura con sus miembros élicos y huesosos.

—¡Oh! ¡oh! dijo con la mayor alegría; se trata de esas niñas tan queridas... eso me parece excesivamente fácil.

Habia tal satisfaccion en su acento y era tan expresiva la espresion de su rostro, que Blas no pudo menos de decirle:

—¿Me comprendes?

—¡Perfectamente! replicó Bibandier sin perder nada de su serena tranquilidad: cuando estorba alguna cosa se libra uno de ella; ¿no es así, hijo mio? ¿Y el Americano está en el negocio?

—El es quien me manda.

—¡Buena presa! Yo no he trabajado todavia en ese género, pero cada uno se gana la vida como puede. ¿No es verdad?

Hubiérase dicho que Blas esperaba mas resistencia, porque miraba á Bibandier como sorprendido y aun algo inquieto.

Este pareció comprender lo que pasaba en aquel momento por Blas, puesto que llenó el cubilete, presentándosele con aire cordial.

—Aquí puede uno hablar sin cuidado, dijo señalando con el dedo el grupo de aldeanos que se oprimian en torno de maese Geraud á la puerta de la granja; hace mas de dos horas que olvidan el tonel para escuchar las simplezas de ese viejo marrullero de Redon!... Bebe un trago, Zalamerot!... Ya

sabia yo que Roberto y tú vendríais algun dia á mí, y por eso os esperaba.

Su mirada, que adquirió una nube de melancolia, se fijó sobre la usada tela de su ropa.

—Tenia mucha necesidad de reponerme, prosiguió... mucha necesidad!...

El Americano y tú no habeis sido muy caballeros con un antiguo camarada... Pero al que nada hace, tampoco se le debe pagar nada... Me alegro mucho de que se presente la ocasion de poder trabajar en vuestra compañía.

—He aquí un buen muchacho... esclamó Blas... Tranquilízate, serás pagado con usara.

—En cuanto á eso, replicó Bibandier, á su debido tiempo fijaré mi soldada.

—¿Dices que corre mucha prisa, hijo mio?... Pues bien, partamos.

Blas no se movió; su mirada proseguia espresando la misma desconfianza.

El hecho es que era difícil acordar las palabras de Bibandier con la espresion de paciente dulzura que respiraba su rostro flaco, pálido y cadavérico. Parecia á Blas que su antiguo camarada reia muy sencillamente al hablar de un asesinato.

—¡Ah! replicó con tono de duda, ¿estás seguro de que no te faltará el valor? Son muy jóvenes y además estremadamente bellas.

—Nada me importa eso, contestó el antiguo bandido; cada uno es cada uno... No digo que me servirá gustoso de mi cuchillo con esos pobres que

rubines... ¿Espero que se me dejará en libertad de escoger el modo?

—Con tal que lo hagas carta blanca.

—Lo haré.

—Ven, dijo Blas poniéndose en marcha.

Bibandier bebió el último trago de sidra, y no tuvo necesidad para unirse á su compañero de mas que alargar un poco el paso de sus desmesuradas piernas.

Por el camino le esplicó Blas mas detalladamente lo que de él se exigia: Bibandier al escucharlo tarareaba con su estentórea voz una cancion desconocida.

Antes de llegar á Port-Corbeau se detuvo Blas mas de una vez para decirle:

—Maldito si te entiendo, compañero; yo que por cierto no tengo el corazon muy tierno, no podria cantar á estas horas.

—Eso consiste en que tú comes todos los dias, replicó Bibandier dulcemente y con la sonrisa en los labios; si hubieses estado tres años con el mismo régimen que yo, ya me dirias entonces....

Esto fué dicho con la mayor sencillez. Era la quinta esencia de la ferocidad.

Al llegar cerca de la barca cortó Bibandier la palabra á Blas, que proseguia dándole instrucciones.

—Ya está entendido todo, dijo; el negocio de esas chicuelas está arreglado y quedarás contento de mí... En cuanto á los gastos de la empresa...

són únicamente dos pañuelos y algunas varas de cuerda... Pero el Americano no está solo: ¿quién diablos está con él?

Delante de la barca, cuya amarra estaba ya suelta, habia en efecto tres hombres de pié.

Solo Mr. de Blois tenia descubierta el rostro; los otros dos ocultaban cuidadosamente sus fisonomías bajo las anchas alas de sus sombreros de aldeanos.

Bibandier, que era de una imaginacion excelente en cuanto á inventar, supuso no haberlos reconocido. Tenia su idea.

Saludó respetuosamente á Roberto y entró el primero en la barca.

—Conozco algo las costumbres de esos angelitos, murmuró; las encuentro con mucha frecuencia paseándose á los rayos de la luna cuando á las altas horas de la noche lo hago yo tambien por mi salud. Habrán pasado el rio en su batel, que debe estar amarrado bajo los sauces.

Roberto se habia acercado á Blas.

—¿Y bien? le pregunto.

—¡Un corazon de pedral replicó el rollizo muchacho... Duro como la hoja de un puñal..... Nunca le hubiera creído tan fuerte.

—¡Tanto mejor! dijo Roberto.

Bibandier se habia apoderado del gancho del barquero. En lugar de dirigirse hácia el camino de Redon, que estaba en frente, siguió un poco la cor

riente para llegar á la valla de sauces que bañaban sus bajas ramas en las aguas.

Con ayuda del gancho separó el débil follaje, concluyendo por encontrar despues de dos ó tres tentativas inútiles un objeto que sonó al choque del hierro de su gancho.

—¿Qué era lo que yo decia? exclamó alegremente; inclinaos un poco si gustais, Mr. Blas, mientras que yo observo.

Abandonó el gancho y cogió en efecto la proa del batel, que escondian los espesos sauces. Oyóse un ligero ruido y luego se vió una barquilla arrastrada por la corriente hácia los pantanos.

Bibandier, que reapareció en aquel mismo momento, miró deslizarse la barca, diciendo á la par que sonreia:

—Cuando los querubines quieran volver á pasar el río... es cuando serán atrapados.

Todos los que ocupaban la barca pensaron que Bibandier valia un tesoro.....

Hacia cerca de diez minutos que Elena y Diana habian atravesado el Oust en el batel hallado por Bibandier bajo los sauces.

No era esta la primera vez que las dos hijas del tio Juan corrian un peligro próximo y terrible; pero en aquellos momentos parecian crecer sus fuerzas en proporcion del riesgo.

Elena parecia luchar con un entusiasmo fogoso que se exaltaba á la idea del martirio; Diana per-

manecia mas tranquila, manifestando mayor sangre fria.

Habian escuchado la conversacion de los enemigos de Penhoel. Sabian que su sexo y su juventud no las defenderian de la cólera de aquellos hombres. No esperaban salvacion.

Pero lejos de detenerse ante la amenaza oida, redoblaban cada vez mas su valor. En su viril valentía crecia un sentimiento de infantil orgullo.

Se las temia.

Para combatir las se usaban armas que únicamente se hubieran empleado contra hombres.

Estaban orgullosas.

¿No habian oido pronunciar á aquellas bocas enemigas la confesion de su poder? Sin ellas, pobres niñas, hubiera sucumbido mucho tiempo antes Penhoel.

Su corazon palpitaba de alegría, y no de temor, porque la lucha no habia sido estéril. Gracias al esfuerzo de sus infantiles brazos, permanecian guardando el equilibrio al pié del abismo la señora René y el Angel.

La ruina que sin cesar se anunciaba, no habia llegado á tener lugar aún, y por lo que acababan de oír no quedaba á Pontalés y á Roberto mas que una solo arma contra la resistencia tardía de Penhoel.

Pero esta era una arma cruel que suspendia sobre la cabeza de René la infamia al mismo tiempo.

que la desgracia. ¡Documentos falsos! ¡firmas falsificadas!

Era sin duda el resultado de algun asedio pérfido; pero los documentos existían y no era la miseria la que únicamente amenazaba á Penhoel.

Hacia largo tiempo que Diana y Elena habían sorprendido el secreto de aquellas firmas contrahechas, arrancadas á la embriaguez cotidiana de Penhoel.

Habían reconquistado y destruido una parte, introduciéndose durante la noche en el castillo de Pontalés. La otra depositada en casa del abogado, había desafiado hasta entonces sus tentativas.

Pero ahora sabían en el sitio donde se encontraban los papeles. Con la ayuda de Dios si se les daba tiempo para obrar podían salvar aún á Penhoel.

Diana desató con mano firme la amarra del bachel, oculto entre los sauces bajo la cabaña de Benito Haligan, y Elena tomó el gancho.

El Oust no estaba desbordado, pero tenía mucha corriente, hasta el extremo de cubrir la parte baja de los pantanos.

Manejando el gancho y avanzando oían las jóvenes á favor del silencio de la noche el ruido sordo y continuo producido por la cascada de Tremeulé.

En la sombra los vapores que se suspendían sobre el abismo despedían una luz pálida y débil. Veían á lo lejos la gigantesca fantasma de la *Dama*

*blanca*, que se mecía muellemente, descansando sobre las aguas de los pantanos.

Detrás de ellas, sobre los grupos de castaños, conservaban su brillante iluminación los jardines de Penhoel.

Algunos acordes lanzados por la campestre orquesta llegaban de cuando en cuando hasta sus oídos.

Cuando tocaron la orilla opuesta ningún movimiento se advertía todavía de la parte de la barca; que no debía tardar mucho tiempo en ponerse en movimiento para perseguirlas.

Saltaron con velocidad sobre la crilla, y en lugar de tomar el camino de Redon, que las hubiese conducido directamente á la casa de Mr. Le-Hivain, se dirigieron hácia los pantanos.

En la inmensa pradera en que por todas partes se elevaban altas y estrechas chimeneas humeantes, se apercibía un movimiento confuso en medio de las tinieblas; eran los ganados de Glenac y de San Vicente, que vagaban en libertad por los pastos.

Corriendo sobre la yerba corta y unida gritaban Elena y Diana dulcemente:

—¡Pequeñito!... ¡Juguete!...

Sus voces se perdían en la noche.

Algunas ovejas asustadas emprendían la fuga á su paso, y las otras despiertas alargaban el cuello para lanzar sus gritos disonantes y quejosos.

Las dos jóvenes proseguían llamando.

Al cabo de dos ó tres minutos se dejó oír sobre

el césped un ruido sordo y leve. Un momento después Juguete y Pequeñito, dos diminutos caballos medio salvajes, detenían su galope y permanecían inmóviles, lanzando fuertes resoplidos.

Diana y Elena se lanzaron sobre sus lomos. En pocos minutos consiguieron recuperar el tiempo perdido en correr por los pantanos.

Juguete y Pequeñito eran dos verdaderos bretones negros, ambos robustos, de esbeltas formas y pudiendo sostener durante algunas horas su vivo y agitado galope.

Marchaban juntos con igual ardor. La voz de las dos jóvenes los escitaba sin cesar y su carrera atravesando en línea recta cuantos barrancos y zanjas hallaban ante sí, se asemejaba mucho á un torbellino.

Diana y Elena, excelentes ginetes, no se inquietaban por los obstáculos del camino: cuando había una zanja ancha que pasar de un salto, escondían sus pequeñas manos blancas en la dura erin de los bretones; cuando era preciso atravesar algunos retoños, se echaban casi sobre los caballitos, y pasaban rápidas como flechas.

En la pradera se erguían:

—¡Vuela, Pequeñito!...

—¡Vuela, Juguete!...

Acariciaban dulcemente el cuello ya bañado de sudor de sus monturas.

Los dos caballos, sueltas las bridas, devoraban el espacio.

Si algún día las hubiese encontrado deslizándose como dos sombras en medio de la noche, se hubiera persignado á no dudar con terror, encomendando su alma á Dios, y después de pasado el terror, se hubiera vanagloriado hasta el mismo día de su muerte, de haber visto una noche de otoño á las hadas trasladándose al sitio de sus reuniones.

Ciertamente que era una carrera particular. Los caballos negros desaparecían en la sombra; no se hubiese podido ver otra cosa que las jóvenes de esbelta y como aérea figura arrastradas por una fuerza misteriosa.

Parecía que se deslizaban sentadas en una nube rápida. Eran efectivamente unas hadas ligeras y graciosas. La vista no podía seguir las. Llevábalas el viento en sus alas, dejando flotar á su espalda los sedosos bucles de sus largos cabellos.

—¡Vuela, Juguete!...

—¡Vuela, Pequeñito!...

Entre Port-Corbeau y la aldea de Bains había una legua bastante larga. Algunos minutos habían bastado para franquearla. Elena y Diana bajaron de los caballos, dejando á Juguete y Pequeñito á un extremo de la pradera.

Mr. Protasio Le-Hivain ocupaba una casa aislada que se elevaba á unos cien pasos de la única calle de la aldea.

Para adquirir esta propiedad le fué preciso suscitar muchas discordias en los campos vecinos, arruinar muchos pobres colonos y lanzar mas de

un huérfano fuera de su casa. Pero allí era esta la vocación y hasta el placer. Mr. Le-Hivain era en efecto un verdadero artista. Puede decirse que solo la vista de su amarilla y desmesuradamente larga fisonomía daba á los aldeanos el capricho de pleitear.

Elena y Diana habían rondado mucho la casa, pero la páfida vigilancia del abogado había engañado hasta entonces sus tentativas. Aquel día tenían dos nuevas noticias para llegar á conseguir su objeto: además, sabían dónde encontrarían los papeles; la criada de Mr. Protasio Le-Hivain, que de ordinario estaba vigilando, había ido también á San Luis, al otro lado del río, en la granja de Mr. de Penhoel.

Al dar este encargo á su criada Mr. Le-Hivain había contado con el efecto del tiro de la víspera á orillas del pantano, y también con el baile, que debía seguramente retener en el castillo á las dos hijas del tío Juan.

Aquella noche no había para defender su casa más que una criada octogenaria acompañada de un perro de presa de más que mediana edad.

La buena mujer y el perro dormían sin duda un profundo sueño, confiados en los gruesos cerrojos que cerraban todas las entradas, porque las dos hermanas pudieron escalar las tapias del jardín sin despertar el menor movimiento en la casa.

De la parte del jardín carecían las ventanas de persianas. De una ojeada y con ayuda de una es-

cala que sus lindas manos pudieron con no poco trabajo adherir al muro de la casa, consiguieron Elena y Diana entrar en el gabinete de estudio del abogado.

Ellas mismas encendieron la luz.

Preciso hubiera sido verlas en aquel momento, animadas por la carrera que acababan de dar y por la viva alegría de su primer triunfo. Coloreáronse sus mejillas de un vivo encarnado; sus ojos brillaban de impaciencia y de deseo; una vaga sonrisa asomaba á sus labios frescos, demostrando la seguridad del triunfo.

Se reían al desenladrillar el gabinete.

Su investigación no fué larga.

Bajo el mismo sillón en que Macrocéfalo contestaba diariamente sus diabólicas consultas, había un agujero hecho con un cuchillo que encerraba una cartera ya vieja.

La vista de este objeto hizo latir con fuerza el corazón de Diana y Elena.

Ya no pensaban en reír.

Allí estaba la salvación de Penhoel.

Permanecieron un momento de rodillas, levantando al cielo los ojos húmedos con objeto de dar gracias á Dios.

Pensaban en la Señora y en la pobre Blanca.

Pero volaba el tiempo. Diana ocultó la cartera en su pecho y ambas bajaron por la escalera.

La anciana y el perro proseguían durmiendo como dos bienaventurados.



Era un golpe completo.

—¡Vuela, Juguetel....

—¡Vuela, Pequeñito!....

¡Con cuánta rapidez palpitaba su corazón al atravesar de nuevo el camino recorrido antes!... ¡Con cuánta alegría acariciaban los cuellos de sus caballos!... ¡Cuán felices eran!....

—¡Callal dijo Diana mientras que Pequeñito franqueaba una ancha zanja; aquí fué donde me dispararon ayer el tiro. El cuerpo del pobre Cabry está aun en el fondo de la zanja.

La velocidad de la carrera no aminoraba; pero ambas se inclinaron: enlazáronse sus brazos y sus mejillas se unieron en la sombra.

—Esta es la última vez que te ves espuesta á na peligro semejante, mi querida hermana, exclamó Elena.... ¡Están vencidos!....

—Y sabe, añadió Diana, que tal vez haya en esta carterá con que volver á Penhoel la fortuna que le han robado....

Ya estaban en la mitad del camino. Elena detuvo de pronto el galope de su caballo.

—Reflexiono, dijo.... que deben esperarnos en este camino.

—Quisiera yo saber cuál de entre ellos, replicó Diana, á quien la victoria hacia fanfarrona, es capaz de obstruir el paso á Juguetel

—¿Y si están armados?

—Pasaremos por entre ellos.

—¿Y si nos impiden el paso por Port-Corbeau?

Elena detuvo á su vez el caballo.

—No es por mí por quien tengo miedo, replicó Elena, sino porque ahora tenemos que guardar un tesoro.

—Pues bien, subamos hasta los Houssayes... Pasaremos por el puente del molino.

La decision era buena. Las dos hermanas cambiaron inmediatamente de direccion, poniendo sus monturas al galope hácia los Houssayes.

Pero resultó que otros habian tenido antes la misma idea, porque al llegar á la orilla del agua vieron ocupada la cabeza del puente por dos hombres en quienes creyeron reconocer á Mr. Roberto de Blois y al marqués de Pontalés.

—Tomemos campo, dijo Elena, á quien nada agustaba, y pasemos.

—Intentemos mas bien pasar por Port-Corbeau, replicó Diana; siempre será tiempo de volver á poner á nadar nuestros caballos.

La carrera comenzó siguiendo la orilla.

Cuando llegaron al paso de la barca hacia apenas tres cuartos de hora que por primera vez habian montado sus pequeños y valientes caballitos.

Aun no era media noche y el jardín de Penhoe proseguia mostrando en lo alto de la colina sus intactas iluminaciones. La fiesta debia durar por lo menos una hora mas.

Nada que escitase sospechas aparecia entonces en la orilla. Las dos hermanas dieron libertad á Jugnete y Pequeñito, que caracoleando volvieron

á su lecho de césped. Creyeron que habian hecho bien en no intentar el paso del puente de los Housayes porque allí no les impedía el camino ningun obstáculo.

—¡Vamos! Elena bajando hácia los sauces; henos aquí en buen puerto.... aun vamos á tener tiempo de bailar una contradanza.

Diana separó las ramas del sauce.

Al abrir la boca para lanzar una exclamacion de sorpresa se levantaron tres hombres que estaban acostados sobre la yerba que crecía á la orilla del agua.

Las dos jóvenes tuvieron apenas tiempo de articular un grito; tanta fué la prisa que se tuvo en anudar sólidamente dos pañuelos sobre sus bocas!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

